



Araña



JON BILBAO



IMPEDIMENTA



O let me be awake, my God!
Or let me sleep away.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE,
The Rime of the Ancient Mariner

In dreams I walk with you, in dreams I talk to you
In dreams you're mine, all of the time.

ROY ORBISON,
In Dreams

BASILISCO LIBERADO

John Dunbar, también conocido como el Basilisco, arrastraba tres cráneos de bisonte por el desierto. Caminaba evitando piedras angulosas que pudieran herirle los pies descalzos y en que los cráneos corrieran el riesgo de trabarse. Cuando, a pesar de sus esfuerzos, esto sucedía, la maniobra para liberarlos era dolorosa. Retrocedía y tiraba de los pesados restos en sentido contrario. Si no surtía efecto, caminaba lentamente en círculo alrededor de la piedra, manteniendo los cordones que lo unían a los cráneos lo más tensos que soportaba, hasta acertar con el feliz ángulo en que se desenganchaba su carga. En ocasiones, solo se soltaba alguno de ellos, o se liberaban pero quedaban atrapados de inmediato en otra roca, y entonces John Dunbar oía risas chillonas. Pinturas rituales adornaban los cráneos, en la testuz y alrededor de las cuencas oculares.

Caminaba desde el amanecer, siguiendo la dirección en que —si era cierto lo que le habían dicho— encontraría un ojo de agua, y el sol ya había llegado a lo más alto. Estaba desnudo.

Cuando los cráneos de bisonte se enganchaban y las heridas se reabrían, dejaba a lo largo de un trecho un rastro de sangre. Parpadeaba en intentos inútiles por librarse del sudor que se le colaba en los ojos. Le habían atado las manos a la espalda, a conciencia, desde las muñecas hasta los codos, empleando cuerdas, cordones de cuero crudo y trenzas de cabello humano y de crin, empalmaduras, ligaduras sobre ligaduras, amontonadas aquí, entretejidas allá, y de cada nudo colgaba, a modo de ofrenda para garantizar su persistencia, un huesecillo de serpiente o de ardilla, una cuenta de vidrio o la pluma de un cuervo. Eran tantas las ataduras, estorbándose entre sí, que de sus fuertes antebrazos nada se veía.

Cada uno de los cráneos de bisonte llevaba amarrado a la cornamenta un largo cordón de cuero. El otro extremo iba atado a una de las tres estaquillas de madera que Dunbar tenía atravesadas en la carne de la espalda.

Después de soltar una vez más los cráneos de una trampa rocosa, se detuvo a recuperar el aliento. Su situación difícilmente podría ser peor, pensaba. Escudriñó el horizonte para asegurarse de que seguía en la buena dirección. Sobre una loma, vio a los shoshones. Una docena. Lo contemplaban inmóviles, satisfechos de sí mismos. Nunca habían sido tan imaginativos en su larga pugna con John Dunbar como esta vez. En el centro de la banda sobresalía la silueta a caballo de su líder, Lengua Azul.

Tres guerreros se apartaron del grupo y caminaron hacia Dunbar. Uno avanzaba adelantado, tocando una flauta. Cuando lo tuvo cerca, John Dunbar vio que era poco más que un niño. Vestía una camisa larga, de tallos de artemisa trenzados, y se protegía la cabeza con un casco de cuero. La flauta estaba fabricada con un hueso de águila. Los otros dos llevaban

suelta la larga cabellera. Uno lucía un chaleco de piel ornamentado con cuentas y el otro una casaca de la caballería con las mangas cortadas. Empuñaban sendos arcos con una flecha dispuesta.

El más joven portaba como única arma un cuchillo de piedra al cinto. Se aproximaba a John Dunbar de costado, con una mano extendida hacia él mientras que con la otra sostenía la flauta, que no dejaba de tocar. No se trataba de ninguna melodía sino de una serie de silbidos nerviosos. Cuando llegó a unos pasos de distancia, se detuvo, se irguió cuan alto era y se golpeó el pecho en exhibición de bravura. Dunbar lo reconoció: el hijo de Lengua Azul. Había crecido mucho desde la última vez. Era fibroso pero su cabeza ni siquiera llegaba al pecho de Dunbar. El shoshone caminó a su alrededor, a la vez que los silbidos que extraía de la flauta se hacían más acuciantes. Los otros dos indios aguardaban. Dunbar se lo puso fácil al aspirante a guerrero y retomó la marcha, muy despacio al principio, hasta haber superado la resistencia a la puesta en movimiento de los cráneos, y después solo despacio.

Los silbidos lo seguían. Él volvía a mirar al suelo. De pronto los silbidos cesaron y el joven shoshone apareció frente a él, le dio una palmada en un hombro y se apartó de un brinco. John Dunbar sabía que era todo cuanto el indio pretendía. Podría haberlo ignorado y no aumentar su suplicio, pero el contacto físico hizo que la rabia que venía cociendo desde el amanecer se desbordara. Corrió hacia el indio —arrastrando los cráneos, la piel de la espalda asombrosamente estirada—, que, espantado, no recordó que tenía un cuchillo. Le propinó un cabezazo en la nariz. El joven se desplomó al suelo, donde recibió media docena de patadas en el torso y la cabeza. Dunbar usaba las uñas de los pulgares, largas y astilladas, como

punzones. Los otros dos indios acudieron en auxilio de su compañero. Uno se plantó ante Dunbar con el arco tensado, apuntándole a la cara, mientras el otro alejaba al joven malparado. Cuando este se puso en pie, sangraba por varios cortes y cojeaba. No obstante, estaba feliz. Las lesiones sumaban mérito a su proeza de tocar a un enemigo de la talla del Basilisco. Como premio, recibiría de su padre una pluma de águila teñida de rojo.

John Dunbar, las heridas de la espalda chorreando de nuevo, empapándole las ataduras, la sangre escurriéndose entre las nalgas, se maldijo por haberle regalado tal satisfacción, por no haber negociado previamente consigo mismo sino haber cedido al impulso y actuado como otros esperaban que hiciera, lo que, una vez más, había ido en su detrimento y en beneficio de alguien que no le importaba nada.

Los tres indios volvieron con el grupo, que desapareció tras la loma; en primer lugar Lengua Azul, luego el resto.

Retomó la marcha. Caminaba con los ojos abiertos apenas una rendija. Tras el velo de las pestañas los rayos del sol eran columnas de fuste infinito, tan sólidas que invitaban a apoyarse en ellas en busca de descanso. El desierto: un bosque que en lugar de sombra arrojaba luz. Entre esa jungla rubia platino vio a alguien más. Caminaba por delante de él, siguiendo la misma dirección.

Pensó que sería otro indio, pero cambió pronto de idea. El hombre avanzaba muy despacio, tropezando y deteniéndose cada pocos pasos. Sin necesidad de aumentar el ritmo, John Dunbar le comió terreno.

Tendría unos treinta años y a él los indios le habían dejado la ropa y las botas, prendas caras, confeccionadas a medida en el este, pero andrajosas ahora. Un hombre moreno, de cabello

rizado y rasgos finos, menoscabados por las quemaduras del sol y las hinchazones y costras fruto de los golpes. Un hombre acostumbrado a trabajar sentado y bajo techo, juzgó Dunbar, en invierno arrimado a una estufa, en verano junto a una ventana abierta por la que entraban los aromas de un jardín, alguien que nunca se había esforzado en serio. También tenía las manos inmovilizadas a la espalda, si bien de manera mucho menos elaborada. No arrastraba tres cráneos sino tres cabezas, cortadas recientemente: de una mujer, de una niña y de un niño pequeño, poco más que un bebé. La niña tenía el mismo pelo que la mujer, castaño claro y largo, empañado por el polvo, con espinas de cactus y flores de yuca enganchadas. El niño compartía los rizos morenos del hombre. Bajo la suciedad, pieles pálidas, mejillas bien nutridas, dientes sanos.

Los shoshones habían sido clementes. Ninguna estaquilla le torturaba la espalda. Llevaba tres lazos de cuero alrededor del cuello, apretados en la medida justa para permitirle respirar. El otro extremo de los cordones iba atado a una de las sendas púas de madera que atravesaban el cartílago nasal de cada cabeza.

John Dunbar presenció aquel espanto sin detenerse, llegó a su altura y siguió adelante. Nada tenía que decir. El hombre iba asimismo hacia el agua, si la indicación no era otra broma de los indios. Él sí se detuvo, redoblados su horror y su incredulidad. Trató de decir algo, ininteligible, bien por la lengua hinchada a causa de la sed, bien por los lazos que le ceñían el cuello, bien porque no encontró las palabras.

Los cráneos de bison entrechocaban con un golpeteo hueco y lúgubre, como tres grandes cangrejos albinos reñidos entre ellos. El sol había secado la sangre de Dunbar, que a cada paso se desprendía en escamas. En cuanto tocaban el suelo, las

hormigas de fuego se apresuraban a tomarlas entre las mandíbulas y las ponían a buen recaudo bajo tierra. También las ligaduras se habían secado, solidificadas ahora como escayola.

Ignoró al hombre, pero este empezó a gritar y al cabo de un rato seguía haciéndolo, y Dunbar hizo un alto. El hombre vociferaba a la cabeza del niño. Le decía que se fuera, que se quitara de allí. Sollozaba. Se acercó a la cabeza con la aparente intención de darle una patada, pero reuló antes de hacerlo. Gritó de nuevo. Sus increpaciones no debieron de surtir efecto, pues optó por huir a la carrera. John Dunbar lo vio acercarse, seguro de que había terminado de perder la razón. El hombre, con el rostro enrojado, remolcaba las tres cabezas, que se machacaban contra las piedras. La de la niña y la del niño, más ligeras, se elevaban, caían al suelo y rebotaban. La de la mujer llevaba la melena extendida tras de sí.

Adelantó a Dunbar y unos metros más allá cayó de rodillas. Miró por encima del hombro, temeroso de lo que pudiera encontrar, y arrancó a gritar de nuevo.

Al acercarse, John Dunbar descubrió el motivo del frenesí. Una tarántula se había encaramado a la cabeza del niño. Milagrosamente, había sobrevivido a la carrera. Iba apoltronada sobre la cara de la criatura, dispuesta a proseguir el cómodo viaje.

Pronto se arrepentiría de su gesto de compasión, pero estiró un pie para empujar a la araña. Lo detuvo un grito áspero.

¡No lo toques!

El hombre arremetió contra él. Buscaba morder a Dunbar, apartarlo a empujones. Dunbar lo esquivó varias veces y tras cada una el hombre volvió al ataque, sin fuerza pero con saña. Asqueado, Dunbar le dio una patada en una rodilla, haciéndolo caer al suelo, donde el hombre resolló con la cara contra la tierra.

Se apartó maldiciendo para sí, hasta que un tirón lo obligó a frenarse. Los cordones que lo unían a los cráneos de bisonte se habían enredado con los de las cabezas cortadas. Los dos grupos de restos formaban un único racimo. El hombre y él contemplaron en silencio el embrollo. Con las manos atadas, no había forma de deshacerlo. La tarántula se alejó resignada.

En marcha, ordenó Dunbar.

El hombre se puso en pie. Dunbar hizo un gesto con la cabeza y caminaron juntos rumbo al agua.

Atardecía cuando llegaron. El ojo estaba en la base de una peña de arenisca con forma de giba. Lo primero que vio Dunbar fue el cerco de vegetación. Cactus barril y enormes yucas y chollas crecían apretadamente alrededor del agua. Colibríes de un azul tornasolado revoloteaban entre los brazos espinosos. El hombre lloraba sin derramar lágrimas. John Dunbar avanzó con denuedo pero sin dejar de buscar rastros de los indios.

En cuanto dieron unos pasos entre la vegetación se quedaron atascados. Los cordones de cuero se habían enganchado en los arbustos, lo mismo que el pelo de la mujer y de la niña, y los cuernos de los bisontes. Las cabezas no tenían sed. La boca se les había llenado de tierra, lastrándolas. Las hormigas trepaban por ellas y se asomaban a los recovecos.

Vamos, dijo Dunbar. Los dos a un tiempo.

El hombre no se movía. Miraba a la mujer, a la niña y al niño. La muerte había vuelto bizcas a las criaturas.

El agua está ahí mismo.

El hombre se hincó de rodillas.

John Dunbar hizo otro intento de avanzar. Las cabezas se apretaron unas contra otras, tercas, mordieron ramas.

¿Te rindes? ¿Tan cerca del final?

¿Qué final?, dijo el hombre.

John Dunbar contuvo el impulso de emprenderla a patadas contra él. Pensó en el agua y en nada más. Tiró con fuerza. Detrás, crujidos, sonidos de arrastre. Siguió tirando. Hacia el agua. La carne se estiraba como dedos que brotaran de la espalda, empeñados en no dejar ir las estaquillas. Otro paso. ¿Acaso su espalda no quería beber? ¿Tanto le importaban tres cicatrices más? Medio paso. De algo tenía que servir ser el Basilisco. ¿Qué quieres? ¿Quedarte enganchado a ese mequetrefe y a ese montón de carroña para siempre? La piel se desgarró y una estaquilla se soltó con un chasquido húmedo. Medio paso más. Las otras dos estaquillas la siguieron. Y corría a trompicones hacia, por fin, el agua, sin importarle los golpes contra las ramas ni las espinas que se le clavaban, sin sentir el oscilar blando de los colgajos de carne en la espalda. Tropezó. Cayó. Hizo el último trecho en parte de rodillas, en parte arrastrándose. Sabía que debía tomar nada más que unos sorbos al principio. Se remojó la cara, la cabeza. Bebió un poco más.

Fue junto al hombre.

¿Tu familia?

El hombre asintió. Se había tumbado entre la maleza, dando la espalda al revoltillo de restos. Un cuerno de bisonte había atravesado la mejilla de la niña y la punta le asomaba por la boca.

John Dunbar volvió al pozo. Se llenó la boca de agua. Teniendo cuidado de no tragarla ni derramarla, regresó a donde estaba el hombre, que parecía dormido, o quizá se había desmayado. Se arrodilló junto a él.

Hmm, hmmm...

Muy despacio, dejó caer el agua sobre la frente despellejada por el sol, sobre un pómulo amoratado. Un reguero se coló entre los labios y el hombre reaccionó. Entreabrió la boca, pero ya no había más.

Cuando John Dunbar regresó tras un nuevo viaje al pozo, el hombre había abierto los ojos.

Gracias, dijo, y bebió.

Dunbar aún hizo varios viajes más. Ya apenas quedaba luz cuando se acuclilló al lado del hombre, que se sentó con la espalda contra una yuca.

No podré soltarme. Yo solo no.

Dunbar no dijo nada. Se había librado de los cráneos de bisonte pero seguía teniendo los brazos atados. Podría coger a tientas alguno de los cordones y tratar de soltar el amasijo, pero en la oscuridad seguramente empeoraría el embrollo.

Me llamo James Bramble.

Los indios los habían atacado hacía dos días, contó. Mataron a su mujer y sus hijos. A él lo dejaron con vida. Ignoraba la razón.

Dunbar no preguntó si fueron los guerreros de Lengua Azul, pues ya lo sabía. Le desconcertó, no obstante, su comportamiento; los indios acostumbraban a tomar a mujeres y niños como prisioneros para sumarlos a la tribu o canjearlos por un rescate.

¿Qué hacáis aquí?

Viajamos en tren desde Boston hasta Ogden. Allí compré un carromato, caballos, pertrechos y víveres, y contraté a un guía. Pete-Arri-Wa-Wa, maldito sea.

Conozco a Pete. ¿Qué hacáis aquí?

Compré también una concesión minera.

Hablaba cada vez con mayor serenidad, satisfecha la sed, quizá también porque la oscuridad ocultaba los restos de su

familia. Dunbar pensó que aquel hombre se equivocaba al relajarse tanto, no debería hablar así —su cháchara le estaba levantando dolor de cabeza—, como si estuvieran en un salón, comiendo chuletas y bebiendo oporto, como si las cabezas cortadas no pudieran, de un momento a otro, elevarse en el aire, animadas por las energías turbias que circulaban por la noche, el cabello ondulando a su alrededor como debajo del agua, los ojos convertidos en linternas que emitieran potentes y acusadores haces, abiertas las bocas de par en par, de las que manarían palabras que quedarían escritas en el aire, tortuosas líneas de palabras resplandecientes, sin pausas, que se prolongarían como serpentinatas de luz sobre el pozo, espantarían a los coyotes, se reflejarían en los ojos de los mochuelos y se perderían en el horizonte del desierto, acusaciones insólitas e infinitas. Él había visto cosas mucho más increíbles.

¿Atraparon a Pete, los indios?

No lo sé. No iba con nosotros cuando nos atacaron. Lo había despedido.

Mediante un siseo, Dunbar le ordenó callar. Había oído algo. Un caballo. Dos. Acercándose al pozo. Herrados.

Se pegó a Bramble y le susurró al oído. Le ordenó no moverse ni abrir la boca hasta que supieran de quién se trataba.

Los dos hombres desmontaron. Uno se agachó a beber mientras el otro contenía a los caballos para que no revolvieran el agua. Intercambiaron posiciones y el segundo bebió también y rellenó las cantimploras. Finalmente dejaron saciarse a las monturas. Procedían de manera coordinada, sin necesidad de intercambiar palabra. Uno colocó las maneadas a los caballos, llenó sendos morrales de pienso y se los colgó de la nuca. El otro recogió leña, lo que lo llevó a acercarse adonde Dunbar y Bramble estaban ocultos. Dunbar se tensó, temiendo que viera

el rastro de huellas que había dejado en sus idas y venidas al agua. Pero ya era noche cerrada y alrededor del pozo abundaban las huellas, tanto de personas como de animales, y aquel hombre arrastraba los pies, deseando poner fin a la jornada.

Encendieron una hoguera y Dunbar pudo verles la cara. Cliff Pelosi y Ernie Oso Martínez, buscadores de plata con fama de marrulleros y ladrones. De Pelosi se decía que había matado a una prostituta en Reno, en defensa propia, cuando ella intentó robarle la bolsa de pepitas. Al llegarle los olores de las alubias y el tocino cocinados al fuego, Dunbar temió que los rugidos de su estómago lo delataran.

Después de cenar, Martínez descorchó un caneco de licor y se lo pasaron mientras contemplaban las llamas y soltaban ventosidades. A patadas, despejaron de piedras sendos espacios donde extender sus mantas y se acostaron. Durante un rato dieron vueltas, gruñendo y liberando más gases, hasta que por fin empezaron a roncar.

Dunbar dijo al oído de Bramble que aquellos hombres no los ayudarían. No los matarían pero sí los abandonarían a su suerte.

¿Qué hacemos?, balbució Bramble.

Podían seguir escondidos hasta que se fueran, conjeturó Dunbar para sí, y confiar en que alguien más se acercara al pozo. Pero ya habían tenido mucha suerte al no ser descubiertos; en cuanto amaneciera, Pelosi y Martínez los verían fácilmente. Y aunque no sucediera, quizá nadie visitara el pozo en días, o podría suceder que quienes aparecieran fueran los shoshones de Lengua Azul.

Repetió la orden de guardar silencio y se levantó.

Bramble lo observó mientras se alejaba sin hacer ruido. Dunbar no era tan alto ni tan corpulento como lo había imaginado.

Pese a ello, su talla era superior a la de la mayoría de los hombres. Lo vio detenerse junto a una de las figuras acostadas y luego dirigirse hacia la otra. Bramble había visto vagamente a los jinetes a la luz del fuego. Uno andaba encorvado, tenía la barba canosa y tosía de continuo. El otro era más joven. Supuso que Dunbar había decidido ocuparse en primer lugar de este, con probabilidad más fuerte y rápido.

Oyó un chasquido a su espalda y se volvió sobresaltado hacia el desorden de cabezas cortadas. Un rayo de luz se insertaba entre la maraña de ramas y se reflejaba en un ojo entreabierto. Su mujer reposaba con una mejilla contra el polvo y la boca abierta. Se le habían roto varios dientes. Aterrado, Bramble vio moverse los labios. La cabeza boqueaba en busca de aire. De debajo de la mejilla, salió un gran sapo. Se acababa de despertar tras haber pasado durmiendo las horas de sol y había encontrado obstaculizada la entrada de su refugio. La cabeza volvió a quedar inmóvil, muerta de nuevo. El sapo se detuvo ante Bramble. Estaba cubierto de verrugas de color rubí. Junto al pozo se oyó un crujido, pero lo que Bramble escuchó fueron palabras salidas de la severa boca del anfibio: «No te acobardes ahora».

Cuando el sapo desapareció bajo la vegetación y él levantó la vista, Dunbar ya se dirigía hacia el segundo jinete. El primero parecía seguir durmiendo. Bramble se forzó a mirar. No se perdería lo que Dunbar fuera a hacer con el otro, que, alertado por el resoplido de un caballo, se incorporó y llevó una mano al revólver. Dunbar, de una patada, le hizo soltarlo. El jinete retrocedió a rastras. Dunbar le pisó el pecho para inmovilizarlo. El jinete miraba con los ojos desorbitados a aquel hombre desnudo, cubierto de cicatrices, que había irrumpido en el campamento con las manos a la espalda como si se paseara por el jardín de su casa. Empleando un talón, Dunbar

le partió el cuello. Hicieron falta varios golpes. Los caballos se revolviéron y recularon hacia la oscuridad. Bramble apretaba la espalda contra el tronco de la yuca.

Dunbar inspeccionó el campamento. Cliff Pelosi —asesino y ladrón— yacía en la misma postura en que había estado durmiendo, salvo que con el cuello roto. Con Ernie Oso Martínez —medio mejicano y vendedor de pirita a incautos— la labor no había sido tan limpia; tenía la mandíbula fuera de sitio. Se animó al ver que habían preparado comida en abundancia. En la sartén quedaban alubias y tocino para el desayuno.

Sirviéndose de los pies, echó a la hoguera la leña que los jinetes no habían usado. Empleando asimismo los pies, retiró la manta que tapaba a Pelosi. Lo empujó para hacerlo rodar, en busca del cuchillo con el que le había visto trocear el tocino. Tanteando con las manos, lo sacó de la vaina. Regresó junto a Bramble.

Levántate.

A la luz de la hoguera reavivada, inspeccionó las ligaduras de Bramble y los lazos que lo unían a las cabezas.

Tus ataduras son más sencillas. Te suelto las manos. Tú te deshaces de eso y me sueltas a mí.

Bramble asintió. Se colocaron de espaldas el uno con el otro, Dunbar sujetando el cuchillo y Bramble apartando las manos del cuerpo todo lo posible para no recibir un corte por accidente.

En cuanto estuvo libre, Bramble se sacó los lazos.

Coge el cuchillo, dijo Dunbar. Ahora yo.

Bramble miraba las cabezas.

Tengo que enterrarlas.

No hay prisa. Suéltame.

¡Claro que hay prisa! ¡Es mi familia!

Está bien, dijo Dunbar. Te ayudaré. Coge el cuchillo.

Bramble obedeció y Dunbar le dio la espalda ofreciéndole sus ataduras.

Aquí no, dijo Bramble. Vamos junto al fuego. Hay más luz.

Bramble salió del cerco de vegetación, se arrodilló a la orilla del pozo y bebió largamente. Se remojó la cara y la cabeza. Flexionó los brazos. Los levantó por encima de la cabeza y se estiró. Dunbar esperaba sin decir nada para no ponerlo nervioso. A continuación Bramble recorrió el campamento, mirándolo todo, y se agachó a recoger el revólver de Ernie Oso Martínez.

Tú eres el Basilisco, dijo apuntándole con el arma. No te muevas. Sé disparar.

Dunbar no dijo nada.

No me crees.

¿Que no creo el qué?

Que sé disparar.

De nuevo, Dunbar guardó silencio.

Llevo años practicando. Y recibí clases para perfeccionar la técnica. De Anastasio Portolá.

Era cierto, al menos, que aquel hombre sostenía el revólver con soltura, pensó Dunbar.

¿Pagaste a Anastasio para aprender a disparar?

Ya sabía disparar. Pero sí, le pagué. ¿Lo conoces?

Dunbar escupió al suelo.

Ha matado a ocho hombres en duelos limpios, dijo Bramble.

Y con el dinero que le pagaste se emborracharía y mataría a alguno más en duelos no tan limpios.

Retrocede. La espalda contra la roca.

No tengo nada contra ti, dijo Dunbar mientras hacía lo que le había ordenado. Hay un caballo para cada uno. Nos repar-timos el equipo de esos dos y nos despedimos para siempre.

Tras una pausa añadió:

No creas lo que dicen de mí.

Bramble, que había estado rebuscando entre los enseres de los jinetes, lo miró fijamente.

Te has dejado barba. ¿Para disimular la cicatriz de la cara?

La marca de una quemadura cubría la mejilla derecha de Dunbar, desde la mandíbula al pómulo.

Me gusta creer lo que se dice de ti. Por eso no te voy a soltar, al menos de momento. Y también porque te necesito.

De entre las cosas de los jinetes, cogió un rollo de cuerda de maguey e hizo un lazo corredizo. Con el lazo en una mano y el revólver en la otra, se acercó a Dunbar.

Te soltaré. Te doy mi palabra. Pero antes tengo que hablar contigo.

Hablo mejor con las manos desatadas.

Más tarde. Ahora te pongo esto al cuello. Intentas algo y disparo.

Le colocó el lazo. Dunbar no se movió. Aquel hombre sabía quién era él y, no obstante, no le tenía miedo. También parecía seguro de lo que estaba haciendo. Nadie diría que acababa de perder a su familia y sufrir tormento a manos de los salvajes.

Bramble eligió la yuca más grande junto al pozo y ató el otro extremo de la cuerda al tronco. Luego retrocedió para situarse fuera del alcance de Dunbar y bajó el revólver. Puso al fuego la sartén con las sobras. Se sentó con los codos apoyados en las rodillas. Contempló el revólver, sopesándolo. Miró a su alrededor y se rio, satisfecho, incrédulo. Los caballos habían regresado y observaban la escena; las cabezas iluminadas de

naranja tembloroso, los cuerpos invisibles. Bramble se encontró con la mirada de John Dunbar y su risa se interrumpió de golpe.

A ver qué tenemos aquí, dijo, y abrió las alforjas de Cliff Pelosi.

Las pertenencias de aquellos dos eran poco más que basura, pero Bramble, como un niño ante unos regalos de Navidad inesperadamente espléndidos, acariciaba cada objeto y lo examinaba girándolo entre las manos: un viejo fusil Spencer anterior a la guerra, una brújula, bateas, munición guardada en un pañuelo con las puntas anudadas, una única espuela, con un resalte metálico en la parte trasera para que el bajo del zahón no se enganchara en la estrella... Lo fue dejando todo en dos montones: el de lo útil y el de lo inútil. Apartó del fuego la sartén. Pelosi y Martínez no habían fregado los platos ni los cubiertos. Bramble dudó y acabó lavándolos en el pozo. Repartió la comida y dejó un plato frente a Dunbar, mientras volvía a apuntarle con el revólver.

Estarás hambriento.

¿Cómo voy a comer con las manos atadas?

Te las apañarás.

Regresó junto al fuego a dar buena cuenta de su plato.

Escribo libros, dijo mientras comía. Novelas de la Frontera para la gente del este. Ya sabes. Cuatrerros embozados. Damselas atadas a las vías del tren. Más de cincuenta novelas.

Hablaba sin mirar a Dunbar, pero manteniéndolo en el borde de su campo visual. Había dejado el revólver sobre una manta, al alcance de la mano. Le explicó que había escrito varias novelas sobre él. Eran las que más éxito habían tenido. Las aventuras del Basilisco gustaban mucho a los lectores de Boston.

Por el rabillo del ojo vio que su prisionero se había incorporado. Dunbar, con la barba salpicada de alubias aplastadas, se sentó con la espalda contra la roca. No parecía importar-le lo que le contaba. No daba ninguna muestra de sorpresa. Tampoco de estar indignado, ni orgulloso, ni siquiera de albergar curiosidad, alternativas que Bramble había considerado posibles.

Oí de ti por primera vez en Boston. Por casualidad. Estaba en un salón. En la mesa de al lado, un hombre contaba a otros dos la historia de cómo tú y tu hermano desenterrasteis el cadáver de vuestra madre para recuperar su anillo de diamantes. La narración captó mi interés. Sin embargo, lo que me decidió a ponerla por escrito fue la fascinación con que aquellos hombres escuchaban, viajeros venidos de Europa, a juzgar por su acento, que no dejaban de hacer preguntas, ansiosos por saber más. Después emprendí la caza de nuevas historias sobre ti. Visitaba la estación de ferrocarril y preguntaba a los que venían de la Frontera. Soborné a los porteros de los hoteles para que me avisaran de la llegada de viajeros del oeste. Averigüé así que te habías convertido en el Basilisco. El siguiente paso fue publicar anuncios en los periódicos, ofreciendo una recompensa a cambio de información. En la mayoría de los casos no recibí más que rumores, retazos de historias oídas a terceros, bulos acaso. No obstante, eran buena materia prima. Mis lectores no se cansaban de ti. *El Basilisco contra el marionetista manco* fue uno de nuestros mayores éxitos.

¿Qué es eso?, preguntó Dunbar.

¿El qué?

Un *maronetista*.

Marionetista. Alguien que hace espectáculos con marionetas. Muñecos colgados de hilos.

Nunca he conocido a ningún *maronetista*.

Cuando cesaron las noticias empecé a inventar las historias. No tuve más remedio. Envié mensajeros a Nueva York, a Washington, incluso a Austin y Santa Fe. Pero solo telegrafaban información ya conocida. Te habías vuelto elusivo.

¿Qué?

El Basilisco había desaparecido. ¿Qué te pasó?

Me harté de la gente.

Bramble aguardó mayores explicaciones, que no llegaron.

Así que vine a buscarte en persona.

Dunbar se rio. De una patada envió su plato junto a la hoguera.

Pues ya tienes algo sobre lo que escribir. Aunque te ha salido caro. Tendrías que haber dejado a tu familia en Boston.

¿Tú tienes familia? ¿Mujer? ¿Hijos?

Dunbar negó con la cabeza. Usando la lengua, se sacó un resto de comida de entre los dientes y lo escupió.

Entonces no lo sabes, dijo Bramble.

¿Qué es lo que no sé?

Que a la familia es difícil dejarla atrás.

Bramble se puso en pie con parsimonia. Miró los cuerpos de Pelosi y Martínez y le sacó las botas al primero. De entre los enseres de los jinetes cogió un poncho de lana. Se acercó a Dunbar, una vez más apuntándole con el revólver. Dejó caer las botas a su lado.

Creo que te valdrán.

Luego le ofreció el poncho.

Dunbar permaneció inmóvil mientras se lo ponía, igual que le había puesto el lazo.

Por lo que he oído de ti, dijo Bramble, eres de fiar.

Dunbar guardó silencio.

Si me das tu palabra de no intentar nada, te ayudo a ponerte las botas.

Dunbar siguió callado.

Mirándolo a los ojos, Bramble se metió el revólver en la cintura del pantalón y cogió una bota, remendada y ennegrecida por el sudor.

Los indios que nos atacaron eran los shoshones de Lengua Azul, ¿cierto? Lo supuse cuando te vi. Salieron de la nada. Igual que en las novelas. Me desarmaron e inmovilizaron, y ante mis mismísimos ojos, mataron a mi mujer y mis hijos y echaron sus cabezas a un saco. Antes jugaron con ellas, pasándoselas unos a otros mientras se reían como hienas. Luego me llevaron a su campamento. Se pasaron toda la noche discutiendo alrededor de un fuego. Por la mañana me obligaron a subir a un caballo y partimos, una banda de guerreros con Lengua Azul al frente. Cabalgamos todo el día. Al anochecer el grupo se dividió en dos. La mayoría de los guerreros se fue con Lengua Azul. Los demás se quedaron conmigo. Acampamos y, a la salida del sol, me ataron las cabezas de mi familia y me dejaron solo. Más tarde apareciste tú. Querían que nos encontráramos. ¿Por qué?

Por diversión. Son así.

¿Cómo sabían que yo te buscaba?

Pete-Arri-Wa-Wa se lo dijo. Lo encontraron antes que a ti. Lo habías contratado para buscarme.

Bramble reconoció que así había sido. Arri-Wa-Wa le había jurado que conocía al Basilisco y que podía dar con él.

Pete era un embustero, dijo Dunbar.

Por eso lo despedí.

Bramble volvió junto a los cuerpos de los jinetes. Se quitó la camisa hecha jirones y la tiró al fuego. Se puso la de Pelosi, y

también su chaqueta, tras sacudir vigorosamente las prendas. Se abrochó una cartuchera, en la que metió el revólver, y se encajó un sombrero. El otro se lo lanzó a Dunbar.

Por lo que se cuenta, hace años que estás enemistado con Lengua Azul. ¿Por qué?

No es asunto tuyo.

A lo mejor más adelante quieres contármelo. En cualquier caso, imagino que estarás cansado de cómo te trata ese indio. Una persona como tú, tan harta de la gente.

Bramble tomó una pala de entre el equipo de minero de los jinetes. Desde el otro lado del cerco de vegetación llegaban los ladridos de los coyotes, cada vez más cerca y más numerosos.

Te propongo algo. Acompáñame al sitio donde me atacaron para que pueda enterrar los cuerpos de mi familia. Si vuelven los indios, entre los dos tendremos más oportunidades. A cambio, te diré dónde está el campamento de Lengua Azul. Piénsalo, dijo Bramble echándose la pala al hombro, mientras yo doy sepultura a las cabezas de mi adorada esposa y mis santos hijos.

Se agachó para coger las mantas de Pelosi y de Martínez.

Las vamos a necesitar, dijo John Dunbar.

¿Quieres que entierre las cabezas sin cubrirlas con nada? ¿Pretendes que, mientras me despido de ellos, sus ojos me sigan mirando, cuajados de súplica y arrepentimiento?

Negó con la cabeza, respondiendo él mismo a sus preguntas, y añadió: No tendrían que haber venido.

Estaban en marcha antes de que saliera el sol. John Dunbar, atado aún, guiaba el caballo con las rodillas. Continuaba llevando el lazo al cuello; el otro extremo iba anudado al cuerno

de la silla de montar de Bramble, que se mantenía detrás de él para no perderlo de vista. Remontaron la cuenca de un valle y se encaminaron hacia una cadena de cerros. Con la altura, aparecieron matas de enebro y pinos piñoneros. Pasaron junto a formaciones rocosas imposibles —arcos pétreos y mastodónicas rocas en equilibrio unas sobre otras, que parecían temblar cuando el viento arreciaba—, atravesaron angostas gargantas donde el aire ululaba de tal modo que parecía pronunciar palabras, canturrear e incluso toser para aclararse la voz. Al avanzar espantaban ratas canguro. El lazo de Dunbar se tensó de pronto y a punto estuvo de derribarlo del caballo.

¿Indios?, le preguntó a Bramble.

El escritor se había detenido y miraba a su alrededor relajado y satisfecho. Sujetaba las riendas con una mano. En la otra sostenía el Spencer, atravesado sobre la cruz del caballo.

No, dijo. Sigamos.

Dunbar evitaba la mirada de su captor. Se puso en tensión cuando lo oyó acercarse y situarse una cabeza por detrás.

Cuéntame por qué estas enfrentado con Lengua Azul.

¿Por qué te interesa tanto?

Porque nadie parece saberlo. Me gustaría escuchar cómo empezó todo.

¿Para escribirlo?

Es posible.

También puedes inventar eso.

Bramble respondió que prefería la verdad, después de haberse tomado la molestia de ir a buscarlo.

John Dunbar no se dignó contestar.

En las historias que llegaban al este, siguió el escritor, siempre salías malparado en tus enfrentamientos con Lengua Azul.

Dunbar continuó en silencio.

En mis novelas no sucedía así. No acababas siempre humillado. No habría gustado a los lectores.

Hizo una pausa y añadió: Y en mis libros ya has vencido al indio de una vez por todas. Eres libre.

¿Mucha gente lee esos libros tuyos?

Debo reconocer que sí. Muchos te conocen gracias a ellos. Eres famoso.

No me conocen.

Dicho esto, aguijó al caballo con los talones para alejarse de Bramble.

Un momento después comenzó a llover. Fue un chaparrón breve. Con cada gota que caía, los nubarrones se aclaraban y menguaban. Para cuando la última gota tocó el suelo, el cielo volvía a estar despejado y el sol brillaba más rabioso que antes. La lluvia se evaporó. Nubes de vapor se elevaron del suelo, de los caballos, de los dos jinetes y velaron el desierto, el cielo y al novelista. Dunbar quedó rodeado por una blancura densa, cálida y húmeda que le proporcionó bienestar y seguridad.

Demasiado pronto, un rayo de luz penetró el vapor, y a continuación otro rayo, y otro más, que, como si no fueran mero fulgor sino también aire soplado por unos pulmones avasalladores, deshicieron la bruma y se la llevaron.

Los destellos persistieron. Nacían de lo alto de una loma, un poco más adelante. Se diría que alguien les enviaba señales con un espejo, el cual, a juzgar por el vigor del resplandor, similar al de un faro, debía de ser de enormes dimensiones.

¿Los indios?, preguntó Bramble.

No, aseguró Dunbar.

A medida que se acercaban, el brillo cobró más fuerza aún. Bramble se protegía con una mano ante los ojos. Dunbar de-

bía conformarse con agachar la cabeza y mantener los párpados entrecerrados. Los rayos de luz se concretaron en seis gruesos haces que surgían de un mismo punto: la estrella prendida en el pecho de un hombre.

Inmóvil, los aguardaba montado a caballo. Tras el brillo de la insignia, más intenso que el del sol, solo distinguían su silueta: hombros erguidos, manos reposando sobre el cuerno de la silla, sombrero de ala ancha y copa alta, quizá una brizna de hierba en la comisura de la boca.

Buenos días, les deseó con una voz honda. ¿Se han cruzado con un hombre a caballo, herido de bala?

Bramble, adelantándose, respondió que no.

¿Qué ha hecho?

Robar en una granja. Le sorprendieron mientras se llevaba un caballo. El malnacido mató al dueño, a su esposa y a sus dos hijos. Pero el padre, antes de morir, consiguió a dispararle. Por la sangre que había en el corral, le dio bien. Más me vale encontrarlo pronto, si quiero sentar ante un tribunal a ese ladrón de caballos y asesino. El hombre de la estrella se rio sin entusiasmo. En ocasiones el Señor me encomienda tareas que van más allá de las que esta insignia trae consigo. Como la de médico y la de confesor.

Bramble, atisbando entre los dedos, reiteró su negativa.

Es una lástima, dijo el hombre de la estrella, y tras chasquear la lengua añadió: No he podido evitar fijarme en que acarrea usted un prisionero. ¿Cuál es la razón?

Los destellos no permitían ver si el hombre de la estrella estaba serio o sonreía.

Este hombre al que aquí ve, respondió Bramble, estuvo implicado en la muerte de mi amada familia. Lo necesito para localizar sus restos y darles cristiana sepultura.

La silueta permaneció inmóvil y silenciosa unos instantes. Los destellos, por su parte, incrementaron su ímpetu hasta aplastar a Bramble y a Dunbar sobre la silla de montar.

¿Implicado cómo?

Se podría decir que fue el responsable, si bien no la mano ejecutora.

Entiendo. ¿Qué planes reserva para él, una vez que encuentren a sus seres queridos y se despedida usted de ellos como debe ser?

Lo pondré en manos de la ley.

Me alegra oírlo, dijo el hombre de la estrella. Sin embargo, es mejor que me acompañen, pues yo soy la ley. Y así podré averiguar algo más acerca de esa historia. Pero en primer lugar, capturaremos al asesino y ladrón de caballos.

Me temo que nos es imposible acompañarle. Mis seres queridos no pueden esperar más.

Siguió un silencio, tras el que la voz del hombre de la estrella sonó más dura.

Debe de ser usted nuevo en estas tierras, ya que no ha entendido que no se lo estaba proponiendo.

El hombre de la estrella se llevó una mano al revólver, pero Bramble fue más rápido. Desenfundó y, de un disparo, extinguió los destellos. El hombre de la estrella resbaló de la silla y se desplomó al suelo. Su caballo se apartó unos pasos, discretamente.

Bramble y Dunbar se aproximaron, sorprendidos ambos. El hombre de la estrella yacía de espaldas. Mandíbula cuadrada. Arrugas talladas por años y años de fruncir el rostro ante el brillo del sol. Bigote que le bajaba por los costados de la boca. Sombrero de color marfil, ahora manchado de tierra. Ojos de un azul imposible, que parecían pintados con acuarela. Un último rayo de luz titiló en la estrella.

Adelante, dijo Bramble con voz temblorosa, devolviendo el revólver a la cartuchera.

¿No piensas enterrarlo?, preguntó Dunbar.

Mi familia primero.

Anastasio Portolá estaría orgulloso de ti, dijo Dunbar.

Vivaquearon esa noche en las ruinas de una casa, los restos de dos paredes de piedra que formaban un ángulo recto, nada más; sin embargo, no se podía menospreciar la sensación de abrigo que proporcionaban. Bramble apenas había hablado desde el encuentro con el hombre de la estrella. Había cavado un agujero en el suelo y encendido un fuego en el fondo, para que fuera menos visible. Sobre las llamas se asaba una liebre que había cazado usando el fusil y desollado con destreza. Dunbar lo miraba hacer, sentado en el suelo, la cuerda del cuello asegurada al mismo poste al que estaban atados los caballos.

Ese fuego no ha sido buena idea, dijo Dunbar.

Si los shoshones vienen a por nosotros, respondió Bramble, nos encontrarán, con fuego o sin él. Y yo prefiero la comida caliente.

Cuando hayas enterrado a tu familia, ¿me acompañarás al campamento de Lengua Azul?

¿Para qué?

Para vengarte.

El novelista trinchó la liebre en dos y puso una mitad en un plato.

Enterrarlos es lo más importante.

Dejó el plato cerca de Dunbar, que dijo: Es curioso.

¿El qué?

Vienes a la Frontera. Los indios asesinan a tu familia. Te conviertes en pistolero y matas a un hombre de la ley. Ahora tú también pareces un personaje de novela.

Bramble regresó junto al fuego. Oyó que, a su espalda, Dunbar había empezado a comer y se volvió para contemplarlo. Hasta entonces, a la hora de las comidas, le había concedido cierta intimidad. John Dunbar, vestido con nada más que las botas y el poncho, de rodillas y con la cara metida en el plato, intentaba arrancar mordiscos a la liebre. Miró de costado al novelista.

¿Qué?

Bramble sonrió.

Nada.

A la mañana siguiente, poco después de reanudar la marcha, se cruzaron con un caballo que caminaba en dirección contraria a la suya. Avanzaba cabizbajo. Iba sin ensillar y tenía un costado manchado de sangre, aunque no parecía sufrir ninguna herida. Pasó junto a ellos sin detenerse.

Un par de colinas más adelante se encontraron con el cadáver de un crío flaco y descalzo. A su lado, un machete con el mango encordado. Otro trozo de cuerda le servía de cinturón.

A media tarde llegaron adonde los shoshones habían atacado a la familia del novelista. Podría ser el decorado de una obra de teatro ambientada en el Lejano Oeste: como fondo, un horizonte de mesetas ocre; más cerca, una llanura de desierto alto; más cerca aún, un promontorio con un pino piñonero en la cumbre; y en primer término, los restos de un carromato con

flechas clavadas. La lona colgaba de los arcos hecha jirones. Las mulas, desaparecidas. El novelista clavó las espuelas olvidándose de Dunbar, que tuvo que azuzar a su montura para no acabar arrastrado por el cuello. Bramble gritó y agitó el sombrero para espantar a los buitres, pero no desmontó, se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Dunbar contó tres cuerpos y apartó la mirada. Los baúles de la familia estaban abiertos y su contenido esparcido entre los arbustos de creosota. Desmontó y Bramble desató la cuerda del cuerno de la silla, dejándolo suelto.

Deambuló por los alrededores. Se topó con un escritorio de campaña, una bella pieza de factura inglesa, fabricado en palo de rosa y con guarniciones de latón, pero le habían arrancado el cuero de la superficie de escritura y la madera se había astillado cuando lo arrojaron contra una piedra. A su alrededor, plumas, tinta derramada, cuartillas y una novela en rústica. John Dunbar le dio la vuelta con el pie para leer el título. *La revancha del Basilisco*. Adornaba la portada una ilustración en blanco y negro de un hombre que, revólver humeante en mano, retrocedía alejándose de una amenaza invisible. Con el otro brazo aferraba por la cintura a una joven al borde del desmayo. No quedaba claro si el hombre —el Basilisco— la estaba rescatando o, por el contrario, secuestrando. Llevaba brazaletes que lo protegían desde la muñeca al codo, zahones mejicanos y, al cuello, un pañuelo enorme sujeto con un nudo *buckaroo*. Él —John Dunbar— jamás se había puesto nada semejante. Se volvió hacia Bramble. Enterrarían los cuerpos descabezados y se despedirían para siempre.

El novelista continuaba sin desmontar. Miraba hacia lo alto del promontorio, donde habían aparecido tres figuras.

Dispara, dijo Dunbar.

Los shoshones los habían alcanzado. O más bien, rectificó Dunbar para sus adentros, Lengua Azul había dejado a aquellos guerreros en previsión de que ellos dos fueran a enterrar los cadáveres. Así de calculador era su enemigo.

Dispara, repitió. Solo son tres.

Bramble desenfundó pero no apretó el gatillo.

No puedo.

Los indios habían saqueado las pertenencias de la familia. Uno llevaba un vestido de la mujer y un sombrero con velo; otro, un vestido de la niña, que le quedaba corto y dejaba a la vista sus partes pudendas; y el último, el que menos beneficio había obtenido de la rapiña, un sombrero de paja de marinero, adornado con una cinta azul marino que el shoshone se había atado bajo la barbilla. Los tres se habían divertido pintarrajeándose con maquillaje. Aguardaban, sin prisa por bajar del promontorio.

Bramble desmontó y corrió hacia Dunbar. Desenvainó el cuchillo y, frenéticamente, comenzó a cortar las ligaduras. Pero eran tan numerosas y estaban tan endurecidas por el sudor y la sangre, que progresaba muy despacio. Mientras tanto, Dunbar no perdía de vista a los indios, que se mofaban del novelista. Simulaban tratar de cortar algo y no ser capaces de conseguirlo. Fingiendo frustración, pateaban el suelo, se asestaban empujones unos a otros, gritaban al cielo y hacían como si lloraran.

Ya falta poco, dijo Bramble con voz entrecortada.

Y entonces los indios empezaron a descender lanzando chillidos.

¡Ya está!, dijo Bramble ofreciendo a su prisionero el revólver y el fusil.

Pero Dunbar no tomó ninguna de las armas. Se quedó con los brazos colgando.

No puedo, dijo.

Bramble lo miraba al borde de las lágrimas. Los indios se acercaban blandiendo hachas y mazas.

Llevo mucho tiempo con las manos atadas. Las tengo entumecidas.

Los indios alcanzaron el pie del promontorio y corrieron hacia ellos. Dunbar se apartó unos pasos. Bramble alzó el revólver y apuntó al indio que llevaba el vestido de su mujer. Le temblaba la mano. Erró los tres primeros disparos. El cuarto alcanzó al indio en el corazón. Más por suerte que por destreza, Bramble se agachó a tiempo de esquivar el hacha lanzada por el guerrero ataviado con las ropas de su hija. Con una rodilla hincada en tierra, aseguró el tiro y disparó. El indio se desplomó con un orificio en la frente.

Mientras tanto, el tercero de los shoshones se había lanzado contra Dunbar, pero cuando llegó a pocos pasos de distancia, se detuvo en seco.

¡Basilisco!, dijo amilanado, y se volvió hacia Bramble y, por la espalda, le hundió un hacha en las costillas.

Bramble le disparó a quemarropa. Continuó apretando el gatillo pese a haber agotado las balas. Vivo aún, el indio se alejaba a rastras. Bramble empuñó el fusil y le disparó a la cabeza. Luego vio el hacha que le asomaba de un costado y le fallaron las piernas. John Dunbar se contemplaba las manos mientras flexionaba los dedos.

Al cabo de un rato, quitó el revólver y el fusil a Bramble, que no opuso resistencia. Acarreó al novelista hasta el carro-mato y lo recostó contra una rueda. Sin darse prisa, fue a por los caballos, que se habían alejado, espantados por el tiroteo. Volvió con ellos de la brida. Sacó el caneco de licor de Pelosi y Martínez. Tomó un trago y ofreció otro a Bramble, que se

atragantó. A continuación amontonó los cuerpos de los indios a buena distancia. Con tablas arrancadas del carromato, encendió un fuego.

No toques el hacha, ordenó. Lo empeorarás.

Tomó asiento junto a la hoguera y hojeó la novela del Basilisco.

Te la puedes quedar, dijo Bramble entre dientes. Como recuerdo.

Dunbar leyó párrafos al azar.

Es basura, dijo, y arrojó el libro a las llamas. Será mejor que me ponga a trabajar.

Cogió la pala y empezó a cavar una tumba lo bastante amplia.

¿No vas a contarme por qué te persigue Lengua Azul?

Dunbar continuó sacando paladas de tierra. El borde del agujero ya le llegaba por las rodillas.

Cuando le llegó por la cintura, Bramble dijo: No te he dicho dónde está el campamento de los shoshones.

Dunbar siguió trabajando sin variar el ritmo. Ni siquiera levantó la vista cuando oyó derrumbarse a James Bramble, popular novelista de Boston.

Para cuando dio por terminado el agujero, estaba anocheciendo. Depositó en el fondo los restos de la mujer y de los hijos, y rellenó la tumba. No sabía cómo se llamaban, así que no podía escribir ningún nombre en la cruz. Finalmente, ni siquiera puso cruz alguna.

Arrastró el cuerpo de Bramble junto a los de los indios. Luego se sentó a tomar un trago y sopesar sus opciones. Podía buscar entre las pertenencias desperdigadas de la familia Bramble algo de ropa que ponerse. Los indios muertos debían de tener su campamento en las inmediaciones, allí encontraría

provisiones y más caballos. También podía sacrificar una montura; así tendría carne, mejor que la comida de los shoshones. Pero dejó de pensar al darse cuenta de que nada de aquello sería necesario.

Quedaba un residuo de luz en el horizonte. Los buitres alborotaban sobre el montón de cadáveres. Sus aleteos encrespaban las llamas de la hoguera. Un indio se presentó a caballo en lo alto del promontorio y descendió al paso. John Dunbar siguió bebiendo.

Lengua Azul alzó el brazo derecho con la mano extendida en gesto de tregua. El caballo cabrioleó y el jefe shoshone lo contuvo, sin bajar el brazo ni dejar de mirar a Dunbar, que acabó por ponerse en pie y devolverle el gesto. Eso pareció hacer feliz al shoshone. Asintiendo, le hizo entrega de un morral. Dunbar comprobó el contenido. Se quitó el mugriento sombrero de Ernie Oso Martínez y lo echó al fuego. Sacó el suyo del morral, dobló el ala para colocarla a su gusto y volvió a sentarse. Mediante una seña, invitó a Lengua Azul a hacer lo mismo. El indio desmontó y dio una palmada en el anca al caballo, que se alejó a pastar. Lengua Azul llevaba un chaleco de piel de ciervo adornado con cuentas y conchas. Los extremos del penacho de plumas le llegaban a las corvas. Tenía los brazos y el rostro señalados por numerosas cicatrices. Pidió a Dunbar que se quitara el poncho. Le examinó las heridas de la espalda. De una faltriquera de piel sacó un cuerno de bisonte, vaciado y cerrado con un tapón de madera. Aplicó en las heridas el ungüento que contenía. El olor provocó una mueca a Dunbar.

Bebieron juntos. Entre trago y trago, comieron saltamontes asados, que el indio sacó de su faltriquera. Apurado el caneco de

Pelosi y Martínez, Lengua Azul descorchó una botella saqueada de las pertenencias de Bramble. Recordaron otros encuentros y se rieron. Lengua Azul se rio más. Al indio comenzaba a afectarle el alcohol. Se le apagaban las palabras y contemplaba las llamas con mirada vacía. Empezó a cabecear. De uno de esos lapsos despertó sobresaltado, con una punzada de miedo quizá, y comprobó que Dunbar no se había movido. Este atizaba el fuego con una tabla. El shoshone le tendió la botella, insistiendo para que bebiera. Poco después, Lengua Azul sucumbió por fin. Roncó con la barbilla apoyada en el pecho.

John Dunbar se puso en pie. Sacó su ropa del morral. Pantalones negros, camisa blanca. Con cada prenda que se ponía, parecía ganar altura y aplomo. Chaleco y chaqueta negros. A su espalda, un fondo de constelaciones apretadas. Botas. Cartuchera. El indio no se había movido. Los buitres despedazaban su festín y lo esparcían por el desierto.

Lengua Azul abrió los ojos con el primer rayo del amanecer. John Dunbar contemplaba la salida del sol. Ninguno dijo nada. Dunbar se acercó al indio, desenfundó el revólver y le apuntó a la cabeza. Lengua Azul sonrió, sereno.

En el promontorio, cerca de la cumbre, unas peñas de granito asomaban de la tierra. Durante la noche, Dunbar había encontrado el lugar idóneo. Envolvió a Lengua Azul en la manta que este llevaba al hombro y lo encajó en una grieta entre las rocas. En el suelo depositó las armas del indio, su escudo de piel de bisonte y provisiones para el viaje a lo desconocido. Añadió la botella de whisky y el viejo fusil Spencer que había pertenecido a Pelosi o a Martínez.

Por la noche había localizado también el campamento de los tres guerreros shoshones. Acercó sus monturas, además de la del propio Lengua Azul, y la que había montado Bramble. Las situó

ante la grieta, mirando hacia los restos del indio y, una a una, les seccionó la yugular. Cinco caballos, mucho menos de lo que un gran jefe como Lengua Azul merecía. Mientras los animales se desplomaban y su sangre chorreaba sobre las ofrendas y empapaba el suelo, John Dunbar, conocido como el Basilisco, se despidió de su enemigo para siempre.

A continuación, montó en el caballo restante y se alejó del promontorio a trote vivo.